

DISCURSO

LEÍDO EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL

Rdo. Dr. D. JUAN B. CODINA Y FORMOSA

el día 28 de Enero de 1899



BARCELONA

IMPRESA DE HIJOS DE JAIME JEPÚS

CALLE DEL NOTARIADO, 9.—TELÉFONO 151

1899

DISCURSO

LEÍDO EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL

RDO. DR. D. JUAN B. CODINA Y FORMOSA

El día 29 de Enero de 1899



BARCELONA

IMPRESA DE HIJOS DE JAIME JEPÚS

CALLE DEL NOTARIADO, 9.—TELÉFONO 151

1899

Señores Académicos:

LA merced que me otorgáis, recibíendome en el seno de esta Corporación doctísima, y la consideración de que vengo á llenar la vacante producida por el fallecimiento del ilustre académico electo D. José Ixart, me emocionan hasta el punto de no poder expresar los sentimientos de mi sincera y respetuosa gratitud, que es tan grande como vuestra benevolencia.

Celosos vosotros del mayor lustre de esta Real Academia, habéis constantemente elegido, excepción hecha del caso presente, á maestros consumados en el cultivo de las bellas letras, para ocupar los asientos que deja vacíos la muerte inexorable.

D. José Ixart fué verdadero maestro. El *Fortuny* (1880), los cinco tomos de *El año pasado Letras y Artes en Barcelona* (1886-1890) y *El arte escénico en España* (1892), libro truncado por la muerte de su autor, son otros tantos monumentos grandiosos que perpetuarán su fama de «crítico de alto vuelo en la historia de nuestras

letras, no ya de las propiamente regionales, sino de las Españolas en general» (1).

Mucho habéis perdido con su muerte, y es muy pobre la compensación que os ofrezco al sucederle. Sé muy bien que si mi carácter de aficionado á la literatura hebraica pudo influir en vuestro ánimo al elegirme para este honroso puesto, debo principalmente mi elección á la bondad con que los varones de talento se complacen en alentar al que se muestra asiduo en el trabajo; pero sé también, y esto en parte me consuela de mi falta de merecimientos, que encontraré en vuestra compañía un estímulo poderoso para seguir estudiando, con la esperanza de poder un día corresponder de algun modo á vuestra generosidad.

Al recibir el oficio en que me participábais haber sido aprobada la propuesta en mi favor para socio numerario de esta Real Academia, ocupábame un estudio acerca de Jeremías; y en la alternativa de dar de mano á este trabajo que grandemente me interesaba, ó de dividir mi actividad intelectual, determiné que, concretando mi tarea, versara mi Discurso sobre alguna de las obras del profeta de Anatot. (2). Y como Jeremías es de muchos conocido y celebrado casi exclusivamente por sus Trenos ó Lamentaciones sobre la ruína de Jerusalém, creí conveniente recoger en su libro que la vulgata intitula *La profecía de Jeremías*, algunas de sus muchas y muy hermosas flores literarias, para formar con ellas una pequeña *Antología* que hoy ofrezco á vuestra superior ilustración, con objeto de que me sea permitido defender un sitio de honor en la literatura hebrea para el gran hijo de Hilcias, (3) aún prescindiendo del renombre conquistado como poeta ele-

giaco, prescindiendo asimismo de sus profecías contra las Gentes, que forman los seis últimos capítulos de dicho Libro y en las cuales Jeremías se remonta rayano en sublimidad con Isaías, y teniendo tan solo en cuenta sus escritos referentes á la casa de Judá.

Haré breves observaciones sobre *La Profecía de Jeremías*.

Comenzó Jeremías su ministerio siendo todavía *naar*, esto es joven de 18 á 20 años, en el 13.º del reinado de Josías (4), ejerciéndolo en un periodo de más de cuarenta, durante los cuales se sucedieron los cinco últimos reyes de Judá:

Josías (639-608); sus hijos Joacaz ó Sallum (608) y Eliaquím ó Joaquím (608-597); Joakín, llamado también Jeconías ó Conías (597), hijo de Eliaquím, y Matanías ó Sedecías (597-586), otro de los hijos de Josías.

Político á par que religioso, ora exhorta á los judíos á penitencia; ora combate con acerada palabra á los numerosos partidarios de una alianza con Egipto; ora vaticina que Judá impenitente será castigado con mano fuerte, siendo Babilonia el instrumento de la divina venganza; que á su vez Babilonia y otras Gentes serán castigadas y totalmente destruídas, en tanto que Israel, purificado en el cautiverio, se hará digno para siempre del amor de Jehová que lo escogió para que fuese su pueblo.

Estas predicaciones forman la colección de las profecías, que consta de 51 capítulos y termina con esta advertencia: *«hasta aquí son palabras de Jeremías»*; pero lleva añadido un capítulo complementario, especie de epílogo histórico, en que se narra en términos casi iguales á

los del capítulo 25 del libro segundo de los Reyes (libro cuarto según la vulgata) la toma de Jerusalém por Nabucodonosor, comenzando á cumplirse con tan infausto suceso las predicciones del Profeta.

Poseemos íntegra y auténtica en lo sustancial dicha colección. En lo accidental hay que deplorar en ella la falta de orden cronológico (5) lo mismo en el texto hebreo, con el cual está conforme la vulgata, como en la versión llamada de los Setenta, cuya distribución de capítulos desde el 25.º inclusive es muy distinta de la del original. (6) Es evidente que de estos y otros defectos *extrínsecos* (7) no se puede hacer responsable á Jeremías. Pero creo también, que ciertos defectos *intrínsecos* no disminuyen el mérito literario de nuestro Profeta.

Si fuese necesario demostrar que esta afirmación no es hija del entusiasmo que Jeremías me inspira, os diría que tengo en poco los hiperbólicos encomios que algunos críticos le han tributado.

Yo no sabría probar, por ejemplo, que Jeremías se muestre «*elocuentísimo en todo género de razonamientos*» (8), ó que sea «*muy profundo en la majestad de las sentencias*» (9). En cambio, no admito que contados arameismos puedan afear notablemente la pureza de su elocución; ni que la originalidad quede comprometida por algunas alusiones, citas textuales y ampliaciones de pasajes de otros libros. Tampoco admito que las repeticiones, no exclusivas de Jeremías, que pueden señalarse en sus Profecías, tengan explicación necesaria en la corteza de ingenio de su autor; ¿no pueden ser muchas de ellas intencionadas para grabarlas en el corazón de los judíos?; ¿podían evitarse absolutamente en una predicación de largos años que se resume en estas palabras: pecado, castigo, misericordia? Finalmente, dicho sea con el respeto que á

todos nos merece el gran comentarista y traductor de la Biblia en el siglo v, me atrevo á afirmar que mucha fué su parcialidad al escribir que el lenguaje de Jeremías es rústico en comparación con el de Isaías, Oseas y otros profetas, y que la sencillez de su dicción se debe á la humildad del lugar de su nacimiento (10). No, la sencillez de Jeremías, sencillez propia del que fué el predicador popular por excelencia, dista infinitamente de la sencillez lugareña, hermana de la rusticidad.

He dividido esta Antología atendiendo á los principales asuntos sobre que versa la predicación de Jeremías.

I

Monoteismo

Dos hechos son innegables en la historia del pueblo judío: que el espíritu vivificador de la Religión mosaica fué esencialmente monoteista, y que los descendientes de Abraham por Isaac se precipitaron con sobrada frecuencia por la pendiente del politeísmo más desenfrenado.

La Biblia enseña que Dios escogió al primogénito de Taré para hacerle padre de un pueblo numeroso como las estrellas del cielo y las arenas del mar, cabeza de una nación grande y esforzada que debía poseer las puertas de sus enemigos, y en la cual se bendecirían todas las gentes de la tierra; y que al llamar Dios á Abraham para que se cumpliesen en su descendencia sus inexcrutables designios, le mandó abandonar la casa paterna, su parentela y su patria, y dirigirse al país de Canaan (11). Quiso Dios con este mandato alejar á su escogido de la influencia politeísta de Ur de la Caldea y de la casa de su propio padre. Así

lò decía el ammonita Aquior á Holofernes, según se lee en el deutero-canónico libro de Judit (12).

Los libros del Testamento antiguo llenos están de innumerables ejemplos de idolatría y politeísmo en que se corrompen y degradan el bajo y el alto pueblo, y la majestad real se mancha, y la dignidad sacerdotal se envilece; más las sagradas páginas también nos dicen que el Dios que habló á Moisés en el monte Sináí era el Dios único al cual habían adorado Abraham, Isaac y Jacob, y que el famoso *Schema* del gran legislador hebreo: «oye, Israel: »Jehová nuestro Elohím, Jehová es uno» (13), fué siempre, aún en los días más aciagos, el símbolo viviente de la fe de los judíos.

Jamás faltó en Israel quien recordase á los judíos esta verdad fundamental de su Credo, ni quienes la admitiesen plenamente convencidos. Durante algunos años del reinado de Josías y en el periodo de decadencia religiosa que siguió á la reforma llevada á cabo por este monarca, fué Jeremías la figura conspícua, que Dios escogiera para confiarle la misión de velar en Jerusalém por el respeto debido á su Nombre Santo.

Oigamos á nuestro Profeta:

«Nadie hay semejante á Tí, oh Jehová, grande eres, y »grande es tu nombre en fortaleza. ¿Quién no te temerá, »oh Rey de las gentes? pues tuya es la gloria (14); »porque entre todos los sabios de las gentes y en todos sus »reinos no hay semejante á Tí.... Jehová Elohím es la »verdad; es Elohím vivo y Rey eterno; á su indignación »tiembla la tierra, y las gentes no pueden sufrir su »enojo.» (X, 6-10).

Jehová de los ejércitos «hizo los cielos, la tierra, el »hombre y las bestias que están sobre la haz de la tierra »con su gran poder y brazo extendido» (XXVII-5,

XXXII-17); «puso el sol para luz del día, las leyes de la luna y las estrellas para luz de la noche (XXXI-35); puso arena por término al mar, ley eterna y no la quebrantará; y se levantarán tempestades, y no prevalecerán; y bramarán sus olas, y no lo pasarán» (V-22).

Es, por tanto, «juez de toda carne» (XXV-13); y nadie se ocultará de modo que Él no le vea, pues llena los cielos y la tierra (XXIII, 23-24).

Israel es la «vara de su herencia» (X-16), (15); y Jehová es el Padre del pueblo judío, el amigo de sus mocedades (III-4), (16); su gloria ó riqueza (II-11); su esperanza y salvador en tiempo de tribulación (XIV-8).

Es «fuente de aguas vivas»; los ídolos son «cisternas, cisternas rotas que no retienen las aguas.» (II-13; XVII-13). (17)

II

Idolatría y Politeísmo

En las profundidades de estas cisternas secas se precipitaron constantemente los judíos desde antes de constituirse en nación hasta el tiempo de Esdras.

Uno de los pocos reyes de Judá que se mantuvieron fieles al primitivo monoteísmo fué Josías, cuya reforma religiosa se narra extensamente en los libros 2.º de los Reyes y 2.º de las Crónicas (18).

La escritura dedica á este monarca el siguiente elogio:

«Hizo lo recto en ojos de Jehová, y anduvo en los caminos de David, su padre, sin torcer ni á la derecha ni á la izquierda (19). No hubo antes de él un rey que así se convirtiera á Jehová con todo su corazón, y con

»toda su alma, y con todas sus fuerzas, conforme toda la
»Ley de Moisés, ni después se levantó quien se le aseme-
»jare (20). Quitó las abominaciones de todas las tierras
»de los hijos de Israel, é hizo que cuantos se hallaban
»en Israel sirviesen á Jehová, su Elohim; mientras él
»vivió nadie se apartó de Jehová, Elohim de sus pa-
»dres» (21).

Parece que el prestigio de Jeremías no era todavía muy grande cuando esta reforma llegó á su apogeo en el año décimo octavo del reinado de Josías ; pues el sumo sacerdote Hilcias y sus ministros acuden á la profetisa Hulda, y no á nuestro profeta, para que consulte á Dios acerca del libro de la Ley escrito por mano de Moisés, probablemente el Deuteronomio, largo tiempo arrinconado en el templo, hallado casualmente por Hilcias, y cuya lectura turbó grandemente el corazón de aquel piadoso monarca (22). Sin embargo, no cabe duda de que la predicación de Jeremías contra la idolatría debió de contribuir en gran manera á avivar el celo de Josías, celo ardiente que se manifestó destruyendo altares, destrozando estatuas, talando bosques, persiguiendo á los culpables, y abriendo sepulcros cuyos huesos calcinó sobre nefandas aras.

Aquí nos introduce Jeremías en el taller de un escultor que de un leño cortado en el monte hace un ídolo que un platero adorna con plata de Tarsis y oro de Ufaz (Ofir?), y viste de púrpura y jacinto (X-3-9.)

Allí, en el hogar doméstico, el padre enciende fuego con la leña que sus hijos en el monte recogieran, mientras la madre está amasando y haciendo tortas para ofrecerlas á la *reina* de los cielos. (VII, 17-18). (23).

De día y de noche columnas de humo de variados y ricos perfumes suben de los braseros que arden en las azoteas donde se liba, se pregunta y se adora al sol, á la

luna, y á todo el celeste ejército. (VIII-2; XIX-13; XLIV; 15-19).

Ora desgarrán nuestro pecho los gritos lastimeros de los niños sacrificados en el fuego de Moloc, en el valle de Hinnom (VII-31; XIX, 2-6); ora una sencilla frase nos recuerda las muchas abominaciones que deshonoran el templo donde tan sólo el nombre de Jehová debía ser invocado. (VII-30). (24).

Jeremías se sirve también del lenguaje alegórico, muy común en la Biblia, según la cual la idolatría es una fornicación, un adulterio, porque Jehová quiere y ha de ser el único marido del pueblo judío. Citaré algunos ejemplos:

«Has fornicado con muchos amigos...; alza tus ojos á los altos, y mira si hay un lugar donde no hayas sido comprimida.» (III, 1-2.)

«Por haber adulterado la rebelde Israel, yo la despedí y le dí carta de repudio (dice Jehová); más no tuvo temor la rebelde Judá, su hermana, sino que también ella fornicó; y ha sucedido que con la fama de su fornicación se ha contaminado la tierra, pues ha cometido adulterio con la piedra y el leño» (III, 8-9).

«Sobre todo collado alto y debajo de todo árbol frondoso has corrido, oh ramera! (II-20). Mira tu camino en el valle, reconoce lo que has hecho, dromedaria lijera que entrelaza sus caminos (25). Cual asna montés acostumbrada al desierto, que con ardor de su alma aspira el viento, ¿quién podrá apartarla de su concupiscencia? los que la busquen, no tendrán que cansarse, en su mes la encontrarán (II, 23-24).

Si los judíos dejaron á Jehová, este los entregó á todas las miserias del humano corazón! Jeremías nos los pinta opresores del peregrino, del huérfano y de la viuda (VII-6);

embusteros: «saeta mortífera es su lengua, engaño habla» (IX-8); ladrones: «como jaula llena de pájaros, así sus »casas están llenas de fraudes» (V-27); sibaritas: «engor- »daron y pusiéronse lustrosos» (V.-28); libidinosos: como »caballos bien apacentados andan errantes; cada cual relin- »cha por la mujer de su amigo» (V-8). (26).

III

Impenitencia de los judíos

Es cierto que los extravíos que Jeremías deplora llenan las páginas de la historia de los hebreos; pero durante la conquista del país de Canaan y durante el gobierno de los Jueces una crisis politeísta iba seguida siempre de una reacción monoteísta; mientras que desde los últimos años de Salomón la idolatría fué un mal crónico, no ya una enfermedad intermitente, entre los judíos. Todos los monarcas del reino de Israel ó de las diez tribus, y la mayoría de los reyes de Judá fueron idólatras.

En guerra con Neco, rey de Egipto, murió Josías á consecuencia de las heridas que recibiera en la batalla de Mageddo. Motivos de sobra tuvo Jeremías para llorar esta muerte en una elegía, en el libro 2.º de las Crónicas mencionada (27), y que se conservaba todavía en tiempo de Flavio Josefo (28); pues los reyes que sucedieron á Josías «hicieron lo malo delante de Jehová»; frase bíblica que se refiere principalmente al pecado de idolatría, y que se aplica, según he dicho, á la mayor parte de los reyes que se sentaron en el trono de David.

La reforma de Josías malogróse á la muerte de este monarca, abriéndose de nuevo las mal cicatrizadas llagas

de aquel pueblo, del cual dijera Isaías algunos años antes: «Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa »sana.» (29).

¿Acaso era posible esperar que dicha reforma penetrase profundamente en el corazón de los judíos, y que fuesen duraderos sus efectos, dadas las deplorables condiciones en que la plebe judía se encontraba? Las naciones vecinas, hasta el meollo corrompidas, la tientan constantemente con sus lubricidades y sus dioses palpables; sus propios reyes la pervierten con sus malos ejemplos; la explota una cáfila numerosísima de adivinos, agoreros y encantadores (XXVII-9); la engañan falsos profetas y malos sacerdotes de los que se queja Jehová con estas palabras: «Curan la »quebradura de la hija de mi pueblo superficialmente (30), »diciendo: paz, paz; y no hay paz.» (VI, 14; VIII-11).

En el templo de Jehová, y en el alcázar de los Reyes, y en las calles de Jerusalém, Jeremías predica incesantemente: «*Barbechad* para vosotros *barbecho*, y no sem- »bréis sobre espinas; circuncidaos para Jehová, y quitad »los prepucios de vuestro corazón». (IV, 3-4). Pero predica en vano porque:

«Han endurecido sus rostros más que la piedra; han »endurecido su cerviz» (V-3; VII-26).

«Sus orejas son incircuncisas y no pueden escuchar» (VI-10). (31).

«El pecado de Judá escrito está con cincel de hierro, »con punta de diamante; esculpido está en la tabla de su »corazón, y en los lados de vuestros altares» (XVII-1).

Nótese la belleza de las seis comparaciones siguientes. En las dos primeras Jeremías hace resaltar la ingratitud inconcebible de los judíos para con Jehová; en las restantes su impenitencia, su obstinación en el pecado.

«Acaso se apartará de la piedra del campo la nieve del

»Libano, ó se agotarán las aguas que corren frescas desde
»lejanas (tierras)?—pues me ha olvidado mi pueblo, incen-
»sando á la vanidad.» (XVIII-14).

«¿Olvida acaso la doncella su adorno; ó la esposa sus
»fajas? (32)—pues mi pueblo me ha olvidado por días sin
»cuento.» (II-32).

Obsérvese que estas dos comparaciones están fundadas
en la *contraposición*. El sentido es: ¿acaso es cosa fácil
que falte la nieve perpetua en los peñascos y rocas del Lí-
bano, que se sequen los perennes manantiales, que dejen
de adornarse las mujeres?

«Pues así como esto parece naturalmente imposible,
»del mismo modo debía también parecerlo que mi pueblo
»se olvidase de mí y de mis beneficios» (Scio), y sin em-
bargo se ha olvidado.

Las otras cuatro comparaciones están fundadas senci-
llamente en la semejanza directa:

«Como una fuente hace manar sus aguas—así hace
»manar Jerusalém su maldad.» (VI-7).

«No hay quien se arrepienta de su maldad, diciendo:
»qué he hecho! cada cual vuelve á su carrera, como caba-
»llo que arremete en la batalla.» (VIII-6).

«La cigüeña en los cielos conoce sus tiempos (de emi-
»gración); y la tórtola, y la golondrina y el *agur* guardan
»el tiempo de su venida,—más mi pueblo no conoce el
»juicio de Jehová.» (VIII-7). (33).

«Acaso mudará el etiope su piel, ó el leopardo sus
»manchas?—tampoco vosotros sois capaces de hacer bien,
»habitados al mal.» (XIII-23).

IV

Amenazas contra los Judios

Terrible sería el castigo merecido por los pecados de Judá. Jerusalém beberá en la copa del vino del furor de Jehová (XXV-18); sus moradores serán arrojados con honda (X-18), y esparcidos como tamo que el viento del desierto arrebató (XIII-24); los cádaveres caerán como estiércol sobre el campo, y como manojó detrás del segador. (IX-22).

Oid dos apóstrofes, uno de Jehová, otro de su profeta, dirigidos contra la ciudad pecadora:

«Descubriré tus faldas sobre tu cara, y será vista tu »ignominia.» (XIII 26).

«Habras en el Líbano, hiciste tu nido en los cedros; »¿cómo gemirás cuando te vendrán dolores, dolores como »de parturientel!» (XXII-23).

Son muy importantes los *Símbolos* de que se sirve Jeremías para anunciar el castigo que Dios vá a imponer á su pueblo. Estos símbolos son en número de siete: Una vara de almendro, una olla hirviendo, una faja de lino, unos odres llenos de vino, una vasija de hierro, dos cestas de higos y unos yugos de madera.

Una vara de almendro. (cap. 1).

Dice el Texto: «Y hubo palabra de Jehová para mí, »diciendo: ¿qué ves, Jeremías? Y respondí: veo una *vara »de almendro.* Y dijome Jehová: bien has visto, porque yo *vigilo* sobre mi palabra para ponerla por obra.» (v. 11-12).

Es como si dijese: yo apresuro mi palabra para ponerla por obra, conforme traducen Vatablo y Pagnino. Ob-

sérvese que además del *juego de ideas* entre la frase *yo vigilo* ó *yo apresuro* y la palabra *almendro*, por ser este uno de los árboles que más *vigila* ó más pronto *despierta* del sueño del invierno, y que más se *apresura* á cubrirse de flores, hay un *juego de palabras* en el texto original entre *schaqued* (almendro) y *ani schoqued* (yo apresuro). (34).

Una olla hirviendo. (cap. 1).

«Y hubo palabra de Jehová para mí, segunda vez, diciendo: qué ves?; y dije: Veo una *olla hirviendo*, y su »cara (nos mira) desde la parte del Septentrión. Y díjome »Jehová: del Septentrión será desatada la calamidad »sobre todos los habitantes de esta tierra; porque he aquí »que llamaré á todas las familias de los reinos del Septen- »trión, y vendrán, y pondrá cada uno su asiento á la en- »trada de las puertas de Jerusalém, y alrededor de sus »murallas, y en todas las ciudades de Judá» (v. 13-15).

Parece que el sentido más natural de este símbolo es que el Septentrión caerá sobre Jerusalém como olla de agua hirviendo; ó que el Septentrión cercando á Jerusalém será como olla dentro de la que hervirá y se disolverá el reino de los judíos. (35).

Una faja de lino. (cap. XIII).

Compra Jeremías una faja de lino que ciñe á su cuerpo; escóndela junto al Eufrates en la concavidad de una peña; al cabo de muchos días recibe orden de Dios de recobrar dicha faja, y la encuentra podrida. (v. 1-7).

La aplicación que Jeremías hace de este símbolo es sustancialmente como sigue: Como la faja se junta á los lomos del hombre, así Jehová había juntado á sí las casas de Israel y de Judá para que le fuesen por pueblo, por fama, por alabanza y por honra (v. 11); pero irritado por los pecados de los judíos «hará podrir (en la Caldea)

la soberbia de Judá y la mucha soberbia de Jerusalém» (v. 9).

Unos odres llenos de vino.

A continuación del símbolo de la faja de lino, y en el mismo cap. 13.º, se lee este símbolo que traduzco íntegro:

«Les dirás, pues, esta palabra: Así ha dicho Jehová, »Elohim de Israel: Todo odre ha de llenarse de vino. Y »ellos te responderán: ¿acaso no lo sabemos que todo odre »ha de llenarse de vino? Y tú les dirás: así dice Jehová: »he aquí que yo llenaré de embriaguez á todos los habitan- »tes de esta tierra, y á todos los reyes que se sentarán sobre »el trono de David, y á los sacerdotes, y á los profetas, y á »todos los moradores de Jerusalém. Y los echaré unos tras »otros, padres é hijos juntamente; no los perdonaré, ni »tendré piedad, ni me moveré á misericordia para dejar de »destruirlos» (v. 12-14).

Una vasija de barro. (Cap. XIX).

El profeta compra una vasija de barro, y acompañado de algunos ancianos del pueblo y del sacerdocio se dirige á Tofet, en el valle de Hinnom, donde mil altares se levantan, tímulos ennegrecidos por el fuego de los sacrificios á Moloc; y estrellando la vasija contra el suelo en que humea la sangre de innumerables víctimas humanas, exclama: «Esto dice Jehová de los ejércitos: así romperé »á este pueblo y á esta ciudad, como se ha roto esta vasija »de alfarero, que ya no puede ser restaurada» (v. 1-11).

Creer muchos críticos que estos cinco símbolos forman parte de la predicación de Jeremías en el reinado de Josías.

Réstame hablar de los dos últimos símbolos.

Dos cestas de higos. (Cap. XXIV).

La política de una alianza con Egipto dominaba en Jerusalém principalmente desde el reinado de Eliaquím; y si bien la derrota de Neco por las armas caldeas en Cir-

cesio (XLVI-2) debía desvanecer las ilusiones de dicho partido egipcio, con todó jamás los judíos quisieron convencerse de que les era imposible resistir á la Caldea. Así vemos á Sedecías ó Matanías rebelarse contra Nabucodonosor que le había puesto en el trono como sucesor de Conías que había sido llevado preso á Babilonia, conforme se lo había anunciado Jeremías. (XXII, 24-30).

A estos datos históricos hace referencia el símbolo de las dos cestas de higos. Jehová las mostró al profeta en el atrio del Templo, y preguntó: «Qué ves, Jeremías?», y respondió: «higos, higos buenos, muy buenos, é higos malos »muy malos, que de malos no se pueden comer» (v. 1-3).

La cesta de higos buenos representa á Joaquin ó Conías y demás cautivos que se purifican en Babilonia, á los cuales mirará Jehová con ojos propicios (v. 4-7); la otra cesta representa á Sedecías y á todos los judíos que se han quedado en Jerusalém ó se han refugiado en Egipto, y desoyen la voz del profeta que les predica la sumisión á Nabucodonosor. De estos dice Jehová: «entregarélos para »que sean escarnecidos y maltratados en todos los reinos »de la tierra; para que sean objeto de infamia, y de burla, »y de ludibrio, y de maldición en todos los lugares á donde »los arrojaré; y enviaré sobre ellos espada, hambre y pestilencia, hasta que sean exterminados de sobre la tierra »que les dí á ellos y á sus padres» (v. 8-10).

Unos yugos de madera. (Cap. XXVII).

La mayoría de los intérpretes creen que este símbolo es, como el anterior, del reinado de Sedecías, apesar de que en el texto hebreo está datado «en el principio del reinado de Joaquin» (36).

Hizo Jeremías «varios yugos de madera con sus correspondientes ataduras», y enviólos á los reyes de Edóm y Moab, al de los hijos de Ammón, y á los de Tiro y Sidón

por mano de los embajadores que habían ido á Jerusalém á concertar con Sedecías un tratado de alianza, encargándoles dijese á sus respectivos monarcas que Jehová había puesto sus reinos en manos de Nabucodonosor. (v. 1-11). Jeremías se había reservado un yugo que puso sobre su propio cuello. (v. 2). Con semejante atavío, tan poco simpático, se presentó al Rey y á los sacerdotes, y anduvo por las calles de Jerusalém, exhortando á todos á servir al rey de Babilonia, y á no confiar en los profetas que les anunciaban que muy pronto Jehová quebraría el yugo que Nabucodonosor les había puesto en el reinado de Jeconías (v. 12-22).

Un falso profeta llamado Hananías le trata de impostor en el Templo, le quita el yugo y lo rompe. Jeremías que al terminar esta violenta escena, se había salido de aquel lugar santo, vuelve sobre sus pasos y encarándose con Hananías, le habla en estos términos: «Esto dice Jehová: yugos de madera tú has quebrado..., yugo de hierro yo pondré sobre el cuello de todas estas gentes para que sirvan á Nabucodonosor, rey de Babilonia, y le servirán; y también le he dado las bestias del campo.» (Cap. XXVIII).

V

Sitio y destrucción de Jerusalém

Llegó, por fin, la hora del castigo.

Habían transcurrido unos 133 años desde que Israel, llena la medida de sus iniquidades, sucumbiera magullado por el potente brazo de Salmanasar IV; Judá, reo de los mismos crímenes, iba á correr igual suerte de parte del caldeo Nabucodonosor.

En el décimo mes del año noveno del reinado de Sedecías los caldeos, nación antigua, nación robusta, valientes todos ellos, subieron contra Jerusalém como rebaño innumerable; como nube espesa, como viento abrasador que sopla no para aventar y limpiar el grano sino para consumir; con sus carros como torbellinos destructores, y sus caballos más veloces que las águilas, y su aljaba como sepulcro abierto. (IV, 11-13; V, 15-16; VI-3).

Suben fieros como leones (II-15; IV-7), lobos vespertinos, leopardos (V-6) y serpientes basiliscos contra los cuales no sirven los encantamientos (VIII-17). (37).

Alrededor de la ciudad han levantado sus tiendas, y en ellas vigilan como los guardas del campo (IV-17). Son «pescadores que los pescarán, cazadores que los cazarán en todo monte, y en todo collado, y en las hendiduras de las peñas» (XVI-16); son labriegos que vendimiarán á Israel hasta el rebusco (VI-9).

La resistencia será inútil: «¿acaso el hierro romperá el hierro del Septentrión y el bronce?» (XV-12); esto es, aunque los judíos sean fuertes como el hierro nada podrán contra los caldeos, que son fuertes como el bronce.

No habrá misericordia: «Aunque te vistas de grana, aunque te adornes con atavíos de oro, aunque pintes con antimonio tus ojos (38), en vano te engalanas; te desprecian los amantes; tu alma buscan.» (IV-30).

Después de catorce meses de asedio Jerusalém fué tomada en el mes 4.º del año 11.º del reinado de Sedecías, en el 19.º del de Nabucodonosor.

De los horrores que en aquellos días vió Judá, había hablado algunos años antes Jeremías en estos términos:

«Mis entrañas, mis entrañas! me duelen las paredes de mi corazón, me ruge el corazón, no callaré; porque sonido de trompeta oigo (?), oh alma mía, clamor bélico. (Cap. IV-19).

«Quebrantamiento sobre quebrantamiento ha sido llamado,
»pues toda la tierra está destruída;
»en un instante han sido destruídas mis tiendas,
»en un momento mis cortinas. (Cap. IV-20).

.....
»Miro la tierra, y he aquí que está asolada y vacía,
»(miro) hacia los cielos, y no hay luz en ellos.
»Miro los montes, y he aquí que tiemblan;
»y todos los collados se estremecen.
»Miro y he aquí que no hay nadie:
»y todas las aves de los cielos han huído.
»Miro, y he aquí que el Carmelo es como el desierto;
»y todas sus ciudades han sido destruídas delante de Jehová
»delante del furor de su rostro. (Cap. IV, 23-26).

.....
»Gritos como de parturiente oigo,
»gemidos como de primeriza,
»gritos de la hija de Sión que jadeante extiende sus manos,
»(diciendo) ay de mí! que desfallece mi alma á causa de los mata-
dores.» (Cap. IV-31).

Jerusalém fué entregada á las llamas, sus muros fueron destruídos; los vasos y tesoros de la Casa de Jehová pasaron al templo de Bal; Sedecías fué cegado después de haber sido degollados sus hijos en su presencia; y junto á los ríos de Babilonia, suspendidas de los sauces las cítaras, lloraban más de cuatro mil judíos la pérdida de su libertad. (39).

VI

Restauración de Judá

En medio de tanta desventura un rayo de esperanza podía reanimar el decaído espíritu de los judíos. La triste realidad que les convenció de que Jeremías les había ha-

blado de parte de Jehová al anunciarles el castigo, pudo convencerles también de que se cumplirían sus promesas de una restauración completa.

En efecto, Jeremías había profetizado que los enemigos de Judá serían duramente castigados:

«Jehová desde lo alto rugirá, y desde su morada santa »dará su voz; *rugir rugirá* en su domicilio; canción como »los que pisan (uvas) cantará contra todos los habitantes »de la tierra.» (XXV-30). (40).

»Por qué gritas (oh Jerusalém) á causa de tu quebran- »tamiento?... por la grandeza de tu iniquidad, porqué se »multiplican tus pecados te he hecho esto. Empero los que »te devoran serán devorados; y todos tus perseguidores en »cautiverio irán; y los que en tí hicieron presa serán apre- »sados; y á los que te saquearon entregaré al saqueo.... »He aquí que el torbellino de Jehová, el furor se acerca, »la tempestad destructora; sobre la cabeza de los impíos descargará» (XXX, 15, 16,23).

En cambio Jehová había declarado por boca de su Profeta, que como las leyes de los astros no pueden faltar, tampoco Israel podía dejar de ser nación perdurable en su presencia; que como es imposible medir los cielos y escudriñar los fundamentos de la tierra, también era imposible reprobear á todo el linaje de Israel apesar de sus maldades (XXXI, 36-37); que como no se puede invalidar su pacto con el día y con la noche, de modo que no haya día ni noche á su debido tiempo, tampoco sería posible invalidar su pacto con David, de suerte que no naciese de él un hijo que reinase en su trono sobre la simiente de Abrahám, de Isaac y de Jacob, ni sería posible anular su alianza con los levitas y sacerdotes; y que como no se puede contar el ejército de los cielos, ni las arenas del mar se pueden medir, así multiplicaría sin cuento la

simiente de David, su siervo, y los levitas sus ministros.
(XXXIII, 20-25)

Según Jeremías el cautiverio duraría setenta años
(XXV, 11-12; XXIX-10). Para después de este tiempo
Jehová había dicho:

«Yo haré volver la cautividad de las tiendas de Jacob,
»y de sus habitaciones tendré misericordia, y será reedifi-
»cada la ciudad sobre su collado... (XXX-18).

«El que dispersó á Israel, lo reunirá y guardará como
»pastor á su rebaño. Porque libraré Jehová á Jacob, y lo
»redimirá de mano del que es más fuerte que él. Y vendrán
»y cantarán himnos en lo alto de Sión, y confluirán (á
»gozar) de los bienes de Jehová, del trigo, y del vino, y
»del aceite, y de las crias de las ovejas y de las vacas; y
»será su alma como huerto regado, ni nunca más tendrán
»dolor. Entonces se holgará la doncella en la danza, los
»mozos y los ancianos juntamente; y cambiaré su llanto
»en gozo, y los consolaré...» (XXXI, 10-13).

«En este lugar del cual decís: está devastado, no hay
»hombres ni animales; en las ciudades de Judá y en los
»contornos de Jerusalém, que están asolados sin hombres,
»sin moradores y sin animales, se oirán gritos de gozo y
»de alegría, voces del esposo y de la esposa, voces de los
»que dirán:

»Alabad á Jehová de los ejércitos,
»porque bueno es Jehová,
»porque eterna es su misericordia.

.

«En este lugar desierto, sin hombres y sin animales;
»en todas sus ciudades, habrá de nuevo cabañas de pas-
»tores, los cuales recogerán á las ovejas en las majadas.
»En las ciudades de los montes, en las ciudades del llano,

»y en las ciudades del mediodía, y en tierra de Benjamín, y alrededor de Jerusalém, y en las ciudades de Judá, de nuevo pasarán las reses debajo de la mano del contador.

«He aquí que días vienen en que confirmaré la buena palabra que hablé á la casa de Israel y á la casa de Judá. En aquellos días y en aquel tiempo haré *pimpollecer* para David un *Pimpollo* de justicia, y hará juicio y justicia en la tierra.» (XXXIII, 10-15).

Voy á terminar, temeroso de haber abusado de vuestra benévola atención.

Jeremías, tratado con generosidad por el vencedor, quedóse en Mitspa al lado de Gedalías que había sido nombrado gobernador de Judea por el rey Caldeo.

Asesinado Gedalías por Ismael, y temiendo los judíos el enojo de Nabucodonosor, se refugiaron en Tafnes, contra el parecer de Jeremías, acaudillados por Johanan. El Profeta llevado á Tafnes siguió combatiendo la vana confianza de sus hermanos en el poder de Egipto, que debía ser aniquilado por Nabucodonosor.

Calumnias, persecuciones, prisiones: tales son los frutos que recogió Jeremías en su largo ministerio. ¿Realizaron los judíos su perverso designio en estos términos expresado: «Destruyamos el árbol con su fruto, y cortémosle de la tierra de los vivientes, y su nombre no sea recordado más»? (XI-19). Una tradición cristiana, mencionada por el Martirologio romano en el 1.º de Mayo, y representada principalmente por Tertuliano, S. Jerónimo, el autor del libro de *Vitis prophetarum* falsamente atribuido á

S. Epifanio, y S. Isidoro de Sevilla, afirma que Jeremías fué muerto á pedradas por los judíos en Tafnes. (41)

Con todo eso, no retardaron en vindicar de las notas de irreligiosidad y antipatriotismo la memoria del profeta.

En el capítulo noveno de Daniel, en el último del libro segundo de los Reyes, y en el primero del de Esdras, se menciona á Jeremías como varón inspirado por Dios.

Judas Macabeo refiere á sus soldados un sueño en que ha visto al Sumo Sacerdote Onías y á otro varón «respetable por su ancianidad, lleno de gloria, y circuido por todos lados de magnificencia», del cual dice Onías: «Este es el amante de sus hermanos y del pueblo de Israel; este es Jeremías, profeta de Dios, que ruega incesantemente por el pueblo y por toda la ciudad santa.» Y añade Judas que le entregó Jeremías una espada de oro, diciendo: «Toma esta santa espada, don de Dios, con la cual derribarás á los enemigos de Israel, mi pueblo.» (42).

HE DICHO.

NOTAS

(1) Biografía crítica por D. Juan Sardá, leída en el Ateneo Barcelonés en diciembre de 1897.

(2) Anatot, pequeña villa sacerdotal de la tribu de Benjamín, á hora y media de distancia al Norte de Jerusalém.—Gesenius, *Lexicon hebraicum et chaldaicum*.—Jeremías, I-1; Josué, XXI 17-18.

(3) Graves autores han creído que Hilcías, padre de Jeremías, es el mismo Hilcías, sumo Pontífice que ayudó al rey Josías en la reforma religiosa de Judá. Gesenius (*Lexicon*), Vigouroux (*Manuel Biblique—Ancien Testament, tome second, núm 976*.—Cornely (*Cursus Scripturae Sacrae—Introductio specialis in libros sacros veteris Testamenti, t. 2., núm 260*) y otros rechazan esta opinión.

(4) Jeremías, I, 2 y 6; XXV-3; XXXVI-2.

(5) Así por ejemplo el cap. XXIV es posterior al cautiverio de Jeconías mientras que el XXV está fechado en el año cuarto de su predecesor Joaquin; el cap. XXXII es del decimo año de Sedectas, y el XXXVI lleva igual fecha que el XXV; etc, etc.

Opinan algunos críticos que la falta de orden cronológico se explica por haber sido éste sacrificado al orden de materias para la unidad de argumento. Así Vigouroux y Cornely —La gran variedad de *ordenes de materias* que han sido señalados así en el texto hebreo como en la versión de los Sesenta, permite suponer que es muy posible que la *unidad de argumento* sea más bien *subjetiva* que real.—Hanneberg no sabe como explicar ese *fâcheux desordre chronologique*, y pregunta: «Le désordre de ces pages doit-il être comme une image de ces jours de trouble, ou bien est-ce un indice qu'il est inutile de rechercher la correspondance parfaite des dernières parties de ces prophéties avec les faits de la dernière lutte de Jérusalem, afin que nous nous attachions plus spécialement à ce qui vaut pour tous les temps, et qu'un examen trop exact des événements extérieurs et temporaires ne nous fasse pas perdre de vue ce qui est éternel.» (*Histoire de la Révélation Biblique, trad. par Goschler, tome premier, 5 part., ch. 3, §. 42 y 44*).

(6) La correspondencia entre el Hebreo y los Setenta es como siguió.

Hebreo (y vulgata).	Setenta.
XXV, 15-33.	XXXII
XXVI á XLIII.	XXXIII á L
XLIV y XLV	LI
XLVI.	XXVI
XLVII.	XXIX, 1-7
XLVIII.	XXXI
XLIX, 1-6.	XXX, 1-5
id., 7-22.	XXIX, 7-22
id., 23-27.	XXX, 12-16
id., 28-33.	id., 6-11
id., 34-39.	XXV, 14-19
L y LI.	XXVII y XXVIII

(7) Otro de los defectos *extrínsecos* más importantes es el gran número de *pericopes* de los Setenta. Faltan en esta versión: Cap I, vers. 1 y parte del 2; VIII, 11-12; X, 6, 7, 8 y 10; XI, 7-8; XVII, 1-4; XXV-14; XXVII-1, 7, 13, parte del 14, y gran parte desde el 16 al 22; XXIX, 16-20, y parte del último; XXX, 10-11; XXXIII, 14-26; XXXIV-11; XXXIX, 4-13; XLVIII, los tres últimos; XLIX-6; L, parte del 1; LI, 44-99; LII 2, 3, 15, 28-30 — Los versículos 7 y 8 del Cap. XXIII del Hebreo están al fin del cap. en el Griego., etc. etc.

El jesuita Cornely escribe: «Probabilior est sententia, antiquitus duas recensiones hebraicas nostri libri exstitisse, quarum una fons est textus, quem transtulerunt Alexandrini, altera vero fons textus massorethici.» (Obra citada, núm. 262, p. 368.)

Se carece de datos para saber con certeza como se hizo la colección de los escritos de Jeremias. Sabemos tan solo que Baruc por orden de Jeremias escribió las predicaciones de su maestro *hasta el año cuarto del reinado de Joaquín* (604); que éste, leídas en su presencia tres ó cuatro columnas del rollo, lo rasgó y hechó al fuego; y que nuevamente escribió Baruc dichas profecias notablemente aumentadas. (Jeremias, cap. XXXVI.)

(8) «Audeo dicere, Jeremiam etiam in isto prophetiarum libro eloquentissimum in omni sermorum genere sese exhibuisse.» (Ghislerii Comm in Jerem. Prol. 3. Citado por Cornely.)

(9) «Quantum in verbis simplex videtur et facilis, tantum in majestate sensuum profundissimus est.» (S. Hieron. Comm. in Jerem. lib. VI. Prolog. Edic. Migne, t. XXIV, p. 866.)

(10) «Jeremias propheta sermone quidem apud Hebraeos Isaiae et Oseae et quibusdam aliis prophetis videtur esse rusticior, sed sensibus par est; quippe qui eodem Spiritu prophetaverit. Porro simplicitas eloquii, de loco ei in quo natus est, accidit; fuit enim Anathothites, qui est usque hodie viculus, tribus ab Hierosolymis distant millibus.» (Prolog. in Jerem. Ed. Migne, t. XXVIII, p. 817.)

(11) Genesis, XII, 1-3; XVIII, 17-18; XXII, 16-18

(12) «Populus iste ex progenie Chaldaeorum est. Ille primum in Mesopotamia habitavit, quoniam noluerunt sequi deos patrum suorum, qui erant in terra Chaldaeorum» (Judit, V, 6-7), esto es: Ille primum in Mesopotamia habitavit (et deseruit eam), quoniam...

- (13) Deuteronomio, VI-4.
(14) Vulgata: tuum est enim decus; literalmente del hebreo: nam te decet.
(15) Gesenius en la palabra *schebet*; «tribus, spec. populi israelit., locutione repetita á plantis, e quarum radicibus virgae s. stirpes assurgunt. Radici enim comparatur auctor gentis, stirpes vocantur auctores singularum tribuum ipsaeque tribus. Poet. de universo populo hebreo.» (Lexicon).
(16) Gesenius en la palabra *alluf*: «amicus juventutis dicitur maritus, Jer. III-4.»
(17) En el cap. X, 12-13 (y LI, 15-16) escribe:

•El que hizo la tierra con su potencia,
•el que afirmó el orbe con su sabiduria,
•y con su inteligencia extendió los cielos,
•con el trueno da multitud de aguas en los cielos,
•y hace subir nubes de la extremidad de la tierra,
•relámpagos para la lluvia hace,
•y saca al viento de sus depósitos.

Compárese esta estrofa con la siguiente:

•El afirmó los montes con su potencia (Sal. LXV, vulg. LXIV, 7);
•Jehová con sabiduria fundó la tierra,
•afirmó los cielos con inteligencia (Prov. III-19).
•voz del Señor sobre las aguas—el Dios de la gloria tronó—
•(tronó) sobre muchas aguas (Sal. XXIX, vulg. XXVIII, 3).
•Hace subir nubes de la extremidad de la tierra,
•relámpagos para la lluvia hace,
•y saca al viento de sus depósitos (Sal. CXXXV, vulg. CXXXIV, 7).

- (18) Cap. XXII-XXIII y XXXIV-XXXV respectivamente.
(19) 2 Rey. XXII-2 y 2 Crón. XXXIV-2.
(20) 2 Rey. XXIII-25.
(21) 2 Crón. XXXIV-33.
(22) «Causa verdaderamente admiración, como un príncipe tan piadoso •pudiese quedar tan espantado al oír las amonazas que se contienen en el Deuteronomio, y señaladamente en los cap. XXVIII, XXIX y XXX, como de cosa •nueva para él, por cuanto la lectura de este libro debía serle familiar. Deut. •XVII-18. Pero Josías no tenía conocimiento del Deuteronomio en el año 18 de •su reinado. Los Libros santos habían padecido un grande descuido en los •reinos precedentes; las copias de estos eran muy raras. Los que tenían á •Dios, y los tenían, los leían en particular. Los sacerdotes, que por su estado •eran los depositarios y los intérpretes, vivían olvidados de explicarlos al •pueblo, y de leerlos ellos mismos para aprender allí la voluntad de Dios. Se •sabían por mayor las ordenanzas de la Ley, y se había gobernado en lo exte- •rior del culto divino por una especie de tradición que se había conservado en- •tre los sacerdotes y levitas. Josías que había sido criado por un padre impio, •y puesto sobre el trono en la edad de ocho años, no había tenido cerca de sí •sacerdotes celosos que le pusiesen en la mano la ley del Señor, y que le ex- •hortasen á estudiarla. Esta es la causa del asombro que causó al rey Josías la •lectura del Deuteronomio...» (P. Scio, 4 Rey., c. XXII, nota 8).

(23) Así el *lectus receptus*. La vulgata: reginae coeli. Otros cod. heb.: á la obra de los cielos. Los LXX: τῆ στρατιῆ (al ejército).

(24) Véase Ezequiel, VIII:

(25) Gesenius en la palabra *sharak*: «Camela vertens (s. invertens) vias suas, hoc est, huc illuc circumvagans libidine agitata.»

(26) Gesenius en la palabra *schaka*: «ut equi bene pastí (libidinosi) observant. Sed nescio an praestet cum interpretibus hebraicis *maschkin* hoc loco pro part. Hiph. verbi *schakam* accipere, in singulari adverbialiter posito pro *maschkimim*, in hanc sententiam: iam multo mane equis libidine inflammatis similes sunt.»

(27) C. XXXV-25.

(28) Ἱερεμίας δ' ὁ προφήτης ἐπικήδειον αὐτοῦ συνέταξε μέλος θρηνητικόν, ὃ καὶ μέγας ὄν διακρίνει: (Hieremias autem vates lugubri carmine condidit super eo naemiam, quae etiamnum exstat.—(Trad. de Guill. Dindorfus).—Antiq. jud. lib. X. Cap. V-n. 1.

Esta elegia se ha perdido según opinión común de los críticos, contraria á la de S. Jerónimo que supuso que la elegia á la muerte de Josías era la elegia á la ruina de Jerusalém: «Super quo Lamentationes scripsit Jeremias, quae leguntur in Ecclesia» (Comment. in Zachar. lib. III, cap. XII, v. 11-12. Edic. Migne. T. XXV).

(29) Cap. I-6.

(30) Gesenius en la palabra *galat*: leviter (leichthin).—LXX: ἐξουθενούμενος; vulg. cum ignominia.»

(31) Gesenius en la palabra *Aret*: «Metaphor. dicitur, praeputiatus labiis, id est, gravis loquelae, balbus, cuius labia praeputia quasi clausa sunt, et propterea iusto longiora et graviora quam ut sermonem proferre possint. Similiter: auris eorum est praeputia clausa.—Cor eorum non circumcisum, ad quod pietatis praecepta penetrare non possunt.»

(32) Gesenius en la palabra *quischschurim*: «cingula, fasciae mulierum, impr. sponsae.»

En el Lexicon hebr. et chald. de Montaldo se lee: «Numquid obliviscetur virgo ornamentis sui, aut sponsa alligamentorum suorum?, sive, juxta alios, fasciae suae, id est, ut exponunt multi, fasciae pectoralis suae, ornamentis videlicet mamillarum, ne grossities earum indecenter appareat.»

(33) Gesenius en las palabras *moed* y *agur*: «Ciconia in caelis novit tempora sua (quibus in alias terras ei migrandum est), et turtur, et hirundo et *agur* observant (ut aves migratoriae) tempus quo veniant.—*Agur*, poet. dicitur de specie hirundinis, quasi garritor.»

(34) La vulgata ha conservado el juego de palabras traduciendo: *virgam vigilantem* ego video... Bene vidisti quia *vigilabo* ego...

(35) Los que han creído que la olla simboliza á Jerusalém han leído probablemente de prisa este pasaje, y quizás ha contribuido á engañarles el simbolo del cual se sirve Ezequiel en el cap. XXIV. (V. también Ezeq. cap. XI-3).

(36) En los LXX no está fechado.

Vigouroux escribe: Le ch. XXVII est daté du commencement de Joakim, mais il s'adresse à Sédécias et aux envoyés des pays voisins qui se rendirent à Jerusalem au commencement du règne de ce prince. «Il semble donc qu'il faut lire ici, dit Calmet, Au commencement du règne de Sédécias et non pas

•de Joakim. Le syriaque et l'arabe ont lu Sédécias et ils sont suivis de quelques interprètes. (Obrá citada, n. 1004, nota).—Véase también Cornely, obra citada, n. 261, not. 4).

(37) Gesenius en la palabra *tsifoni*. «vipera á sibilando dicta, fort. testibus Aquila et vulgata basiliscus, regulus, qui etiam lat. sibilus appellatur (Isid. Orig. 12-4) vipera parva; sed admodum venenata.»

De estas serpientes que resisten á los encantamientos se habla en los siguientes versos del Salmo LVIII (vulg. LVII):

•Su veneno (el de los malvados) es como el veneno de una serpiente,
•como el de un aspid sordo que tapa su oreja,
•que no oye la voz de los encantadores,
•ni la de un hechicero en hechizos adiestrado.»

(38) Gesenius en la palabra *fuc*: «id quod gr. φύκος, pr. alga marina... ex qua fucus parabatur, dein fucus ipse, etiam is, quo mulieres hebraeae oculorum palpebras illinebant, ex stibio vel plumbi mineribus paratus.»

(39) El Salmo CXXXVII (Vulg. CXXXVI: Super flumina Babylonis) no lleva inscripci3n. En los LXX se lee: Τῷ Δαυὶδ Ἰερραμίου; vulg: Psalmus David, Jeremiae.

Vigouroux dice que esta inscripci3n es un titulo difícil de explicar: Ce titre est difficile á expliquer (obra citad. p. 806.—Teodoreto la calificó de audaz y manifestadora de la tontería de los que la escribieron: Θρασύ δέ τινες πράγμα τετολημηκότας ἐπέγραψαν Τῷ Δαυὶδ δία Ἰερραμίου... Καὶ αὐτὸ δὲ τὸ πλάσμα τῆς ἐπιγράμης κηρύττει τῶν ἐπιγεγραμμένων τὴν ἕνοιαν (In Psal. 136. — Migne, T. LXXX).

Este salmo no puede ser de David, como no se suponga un milagro, que con razón rechaza Cornely: «sine certo fundamento non sunt multiplicanda miracula, neque rationem aptam nobis effingere possumus, propter quam ex. gr. Davidi illa, quae in Ps. 136 legimus, á Deo revelata dicantar.» (obra cit. núm. 137. c.)

Tampoco hay motivo suficiente para atribuirlo á Jeremias, como ya lo advirtió S. Hilario, que creyó apócrifos este titulo y otros de algunos Salmos. (Tract. super Psalm., Prolog. n. 2.—Migne, Tom. IX.)

(40) Cito este texto creyendo con Vigouroux que en él se hace referencia á los enemigos de Judá. Algunos autores lo aplican á los judios.

(41) Tertuliano: «Jeremias lapidatur» (Advers. Gnosticos, Cap. VIII—Migne, T. 2.º).

S. Jerónimo: «Jeremias captivitatem nuntians, lapidatus á populo.» (Advers. Jovinian. lib. 2, n. 37.—Migne, T. XXIII.)

El pseudo Epifanio: ἐν Τάφναις Αἰγύπτου λιθοβοληθεὶς ὑπὸ τοῦ λαοῦ ἐτελεύτησεν—versión de Dionisio Petavio;—ἐν Τάφναις τῆς Αἰγύπτου λίθους βληθεὶς ὑπὸ τοῦ λαοῦ ἀποθνήσκει—vers. de Tischendorf.—Anecdota sacra et profana. Lips. 1855.—(Migne, T. XLIII.)

S. Isidoro de Sevilla: «apud Taphnas in Ægyptum á populo lapidatur» (De ortu et obitu Patrum, Cap. 38.—Migne, T. LXXXIII.)

(42) Libro 2.º de los Macabeos, XV, 12-16.